

totalitarismo?" de Zizek. Dice así:

"Hace alrededor de un año, la televisión austriaca ofreció un debate sobre Kosovo entre un serbio, un albanés y un pacifista austriaco. Cada uno de los dos primeros presentó su posición de una manera consistente y racional (consistente y racional, por supuesto, sí y solo sí se aceptan las premisas básicas de uno y otro: que Kosovo es la cuna histórica de Serbia sobre la que los serbios tienen un derecho inalienable, por una parte; que los albaneses, oprimidos por los serbios durante décadas, tienen derecho a una entidad política soberana). El pacifista austriaco, por el contrario, trató de desempeñar un papel conciliador, y dirigió el siguiente ruego a los dos adversarios: "Piensen lo que piensen, prometan por lo menos que no se matarán entre ustedes, que lo mejor que pueden hacer es resistir la terrible tentación del odio y la venganza" En este momento, el serbio y el albanés, los dos opositores "oficiales" intercambiaron por un momento sus miradas en un gesto solidario de perplejidad compartida, como si se dijeran el uno al otro: "¿De qué está hablando este idiota? ¿Comprende algo?" En este cruce fugaz de miradas, atisbo un vislumbre de esperanza: si el serbio y el albanés, en lugar de luchar entre sí, hubieran sido capaces de unir sus fuerzas y poner fuera de combate al estúpido pacifista, todavía hubiera habido alguna esperanza para Yugoslavia.

Evitemos un malentendido fatal: sé muy bien que es fácil burlarse de un pacifista sin poder. Sin embargo, ese intercambio de miradas entre el serbio y el albanés no era un reconocimiento mutuo de solidaridad entre dos nacionalistas agresivos, sino que obedecía a su perplejidad frente a lo que el pacifista austriaco estaba diciendo. Ambos estaban sorprendidos no porque el pacifista desconociera la complejidad, étnica, religiosa etc., de la situación, balcánica, sino porque se tomara con demasiada seriedad toda la parla sobre mitos y pasiones étnicas con más de un siglo de antigüedad, y no advirtiera que los propios serbios y albaneses, lejos de estar atrapados en estos mitos, los manipulan. Lo que resultaba falso en el pacifista no era su pacifismo como tal, sino su concepción despolitizada y racista de que la causa última de la guerra posyugoslava era la intolerancia étnica y la reaparición de los viejos odios étnicos.

Me siento tentado a proponer aquí un sencillo test sobre el racismo implícito del lector, inspirado en la famosa ocurrencia de Robespierre cuando, en el culmen del terror revolucionario, exhibió ante la asamblea nacional un cuaderno que, según él, contenía los nombres de todos sus miembros traidores: "Si alguien en esta sala teme ahora que su nombre pueda estar en este cuaderno, su mismo miedo es una prueba irrefutable de que es un traidor". Mutatis mutandis, siento la tentación de afirmar: si alguno de los que lean estas líneas se siente, por poco que sea, molesto con mi tesis de que el cruce de miradas entre el serbio y el kosovar ofrece un vislumbre de esperanza, si experimenta la más ligera incomodidad por la aparente burla sobre el pobre

pacifista benevolente, esta incomodidad es una prueba irrefutable de que es un racista"